

Guión textual

**CAPÍTULO XII**

*De lo que contó un cabrero a los que estaban con  
don Quijote*

## Capítulo XII

*De lo que contó un cabrero a los que estaban con don Quijote*

1           Estando en esto, llegó otro mozo de los que les traían del aldea el bastimentol, y dijo:

2           —¿Sabéis lo que pasa en el lugar, compañeros?

3           —¿Cómo lo podemos saber? —respondió uno dellos.

4           —Pues sabed —prosiguió el mozo— que murió esta mañana aquel famoso

5           pastor estudiante llamado Grisóstomo<sup>2</sup>, y se murmura que ha muerto de amores<sup>3</sup> de

6           aquella endiablada moza de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda

7           en hábito de pastora por esos andurriales<sup>4</sup>.

8           —Por Marcela, dirás<sup>1</sup>, <sup>5</sup> —dijo uno.

9           —Por esa digo —respondió el cabrero—; y es lo bueno que mandó en su

10          testamento que le enterrasen en el campo<sup>6</sup>, como si fuera moro, y que sea al pie de la

11          peña donde está la fuente del alcornoque, porque, según es fama y él dicen que lo dijo, aquel

12          lugar es adonde él la vio la vez primera. Y también mandó otras cosas, tales, que

13          los abades del pueblo<sup>7</sup> dicen que no se han de cumplir ni es bien que se cumplan, porque

14          parecen de gentiles<sup>8</sup>. A todo lo cual responde aquel gran su amigo Ambrosio, el

15          estudiante, que también se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo, sin

16          faltar nada, como lo dejó mandado Grisóstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado;

17          mas, a lo que se dice, en fin se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos

19          quieren, y mañana le vienen a enterrar con gran pompa adonde tengo dicho.

20          Y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver<sup>9</sup>; a lo menos, yo no dejaré de

21          ir a verla, si supiese no volver mañana al lugar<sup>10</sup>.

## Capítulo XII

*De lo que contó un cabrero a los que estaban con don Quijote*

21 —Todos haremos lo mismo —respondieron los cabreros—, y echaremos  
22 suertes a quién ha de quedar a guardar las cabras de todos.  
23 —Bien dices, Pedroll —dijo uno—, aunqueII no será menester usar de esa  
24 diligencia, que yo me quedaré por todos; y no lo atribuyas a virtud y a poca  
25 curiosidad mía, sino a que no me deja andar el garrancho que el otro día me  
25 pasó este piel2.  
26 —Con todo eso, te lo agradecemos —respondió Pedro.

27 Y don Quijote rogó a Pedro le dijese qué muerto era aquel y qué pastora  
28 aquella; a lo cual Pedro respondió que lo que sabía era que el muerto  
29 el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas  
30 sierras, el cual había sido estudiante muchos años en Salamanca, al  
31 cabo de los cuales había vuelto a su lugar con opinión de muy sabio y  
31 muy leído13.

32 —Principalmente decían que sabía la ciencia de las estrellas14, y de lo que  
33 pasan allá en el cielo el sol y la luna, porque puntualmente nos decía el cris  
33 del sol y de la lunar15.

34 —Eclipse se llama, amigo, que no cris, el escurecerse esos dos luminares  
34 mayores —dijo don Quijote.

35 Mas Pedro, no reparando en niñerías, prosiguió su cuento diciendo:

## Capítulo XII

*De lo que contó un cabrero a los que estaban con don Quijote*

36 Mas Pedro, no reparando en niñerías, prosiguió su cuento diciendo:  
37 —Asimesmo adivinaba cuándo había de ser el año abundante o estill6.  
38 —Estéril queréis decir, amigo —dijo don Quijote.  
39 —Estéril o estil —respondió Pedro—, todo se sale allá17. Y digo que con esto que decía se  
40 hicieron su padre y sus amigos, que le daban crédito, muy ricos, porque hacían lo que él  
41 les aconsejaba, diciéndoles: «Sembrad este año cebada, no trigo; en este podéis  
42 sembrar garbanzos, y no cebada; el que viene será de guilla de aceite18; los tres  
42 siguientes no se cogerá gota»19.  
43 —Esa ciencia se llama astrología20 —dijo don Quijote.  
  
44 —No sé yo cómo se llama —replicó Pedro—, mas sé que todo esto sabía, y aun más.  
45 FinalmenteIII, no pasaron muchos meses después que vino de Salamanca21, cuando  
46 un día remaneció vestido de pastor22, con su cayadoIV y pellico23, habiéndose  
47 quitado los hábitos largos que como escolar traía24; y juntamente se vistió con  
48 él de pastor otro su grande amigo, llamado Ambrosio, que había sido su compañero  
49 en los estudios. Olvidábaseme de decir como Grisóstomo, el difunto, fue grande  
50 hombre de componer coplas25: tanto, que él hacía los villancicos para la noche  
51 del Nacimiento del Señor, y los autos para el día de Dios26, que los representaban  
52 los mozos de nuestro pueblo, y todos decían que eran por el cabo27. Cuando los  
53 del lugar vieron tan de improviso28 vestidos de pastores a los dos escolares,  
54 quedaron admirados y no podían adivinar la causa que les había movido

## Capítulo XII

*De lo que contó un cabrero a los que estaban con don Quijote*

55 a hacer aquella tan estraña mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro  
56 Grisóstomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de hacienda<sup>29</sup>, así en muebles  
57 como en raíces<sup>30</sup>, y en no pequeña cantidad de ganado, mayor y menor, y  
58 en gran cantidad de dineros; de todo lo cual quedó el mozo señor de soluto<sup>31</sup>, y en  
59 verdad que todo lo merecía, que era muy buen compañero y caritativo y  
60 de los buenos, y tenía una cara como una bendición<sup>32</sup>. Después se  
61 vino a entender que el haberse mudado de traje no había sido por  
62 otra cosa que por andarse por estos despoblados en pos de aquella pastora Marcela  
63 que nuestro zagal nombró denantes<sup>33</sup>, de la cual<sup>V</sup> se había enamorado el pobre  
64 difunto de Grisóstomo. Y quiéroos decir agora, porque es bien que lo sepáis, quién  
65 es esta rapaza: quizá, y aun sin quizá, no habréis oído semejante cosa en  
66 todos los días de vuestra vida, aunque viváis más años que sarna.

67

67 —Decid Sarra<sup>34</sup> —replicó don Quijote, no pudiendo sufrir el trocar de los  
68 vocablos del cabrero.

69 —Harto vive la sarna —respondió Pedro—; y si es, señor, que me habéis de  
70 andar zaheriendo a cada paso los vocablos, no acabaremos en un año.

71 —Perdonad<sup>VI</sup>, amigo —dijo don Quijote—, que por haber tanta diferencia de  
72 sarna a Sarra os lo dije; pero vos respondistes muy bien, porque vive más  
73 sarna que Sarra, y proseguid vuestra historia, que no os replicaré más en nada.

## Capítulo XII

*De lo que contó un cabrero a los que estaban con don Quijote*

74 —Digo pues, señor mío de mi alma —dijo el cabrero—, que en nuestra aldea hubo un labrador  
75 aun más rico que el padre de Grisóstomo, el cual se llamaba Guillermo, y al cual dio Dios, amén  
76 de las muchas y grandes riquezas, una hija de cuyo parto murió su madre, que fue  
77 la más honrada mujer que hubo en todos estos contornos. No parece sino que ahora la  
78 veo, con aquella cara que del un cabo tenía el sol y del otro la luna<sup>35</sup>; y, sobre todo,  
79 hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima a la  
80 hora de ahora<sup>VII</sup> gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena  
81 mujer, murió su marido Guillermo, dejando a su hija Marcela, muchacha y rica, en  
82 poder de un tío suyo sacerdote y beneficiado en nuestro lugar. Creció la niña con tanta belleza,  
83 que nos hacía acordar de la de su madre, que la tuvo muy grande; y, con todo esto, se juzgaba  
84 que le había<sup>VIII</sup> de pasar la de la hija. Y así fue, que cuando llegó a edad de catorce  
85 a quince años nadie la miraba que no bendecía a Dios, que tan hermosa la había criado, y los  
86 más quedaban enamorados y perdidos por ella. Guardábala su tío con mucho recato  
87 y con mucho encerramiento; pero, con todo esto, la fama de su mucha hermosura  
88 se estendió de manera que así por ella como por sus muchas riquezas, no  
89 solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas a la redonda, y  
90 de los mejores dellos, era rogado, solicitado e importunado su tío se la diese por mujer.  
91 Mas él, que a las derechas es buen cristiano<sup>36</sup>, aunque quisiera casarla luego, así como  
92 la vía de edad<sup>37</sup>, no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo a la ganancia  
93 y granjería<sup>38</sup> que le ofrecía el tener la hacienda de la moza dilatando su casamiento.

## Capítulo XII

*De lo que contó un cabrero a los que estaban con don Quijote*

94 Y a fe que se dijo esto en más de un corrillo en el pueblo<sup>39</sup>, en alabanza del buen  
95 sacerdote; que quiero que sepa, señor andante, que en estos lugares cortos<sup>40</sup> de todo  
96 se murmura, y tened para vos, como yo tengo para mí, que debía de ser demasíadamente  
97 bueno el clérigo que obliga a sus feligreses a que digan bien dél<sup>41</sup>, especialmente en las aldeas.  
98 —Así es la verdad —dijo don Quijote—, y proseguí adelante, que el cuento es muy  
99 bueno, y vos, buen Pedro, le contáis con muy buena gracia.

100 —La del Señor no me falte, que es la que hace al caso<sup>42</sup>. Y en lo demás sabréis que aunque el tío  
101 proponía a la sobrina y le decía las calidades de cada uno en particular, de los muchos que por  
102 mujer la pedían, rogándole que se casase y escogiese a su gusto, jamás ella respondió otra cosa  
103 sino que por entonces no quería casarse y que, por ser tan muchacha, no se sentía hábil para  
104 poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba, al parecer, justas excusas, dejaba el tío  
105 de importunarla y esperaba a que entrase algo más en edad y ella supiese escoger compañía a su  
106 gusto. Porque decía él, y decía muy bien, que no habían de dar los padres a sus hijos estado con-  
107 tra su voluntad<sup>43</sup>. Pero hételo aquí, cuando no me cato<sup>IX</sup>, <sup>44</sup>, que remanece un día la melindro-  
108 sa Marcela hecha pastora; y sin ser parte su tío ni todos los del pueblo, que se lo desaconsejaban,  
109 dio en irse al campo con las demás zagalas del lugar, y dio en guardar su mismo ganado.

## Capítulo XII

*De lo que contó un cabrero a los que estaban con don Quijote*

110 Y así como ella salió en público y su hermosura se vio al descubierto, no os sabré  
111 buenamente decir cuántos ricos mancebos, hidalgos y labradores, han tomado el  
112 traje de Grisóstomo y la andan requebrando por esosX campos; uno de los cuales, como  
113 ya está dicho, fue nuestro difunto, del cual decían que la dejaba de querer y la adoraba<sup>45</sup>.  
114 Y no se piense que porque Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta y  
115 de tan poco o de ningún recogimiento, que por eso ha dado indicio, ni por semejas<sup>46</sup>,  
116 que venga en menoscabo de su honestidad y recato: antes es tanta y tal la  
117 vigilancia con que mira por su honra, que de cuantos la sirven y solicitan ninguno  
118 se ha alabado ni con verdad se podrá alabar que le haya dado alguna pequeña  
119 esperanza de alcanzar su deseo. Que puesto que no huye ni se esquivo de la compañía  
120 y conversación de los pastores, y los trata cortés y amigablemente, en llegando  
121 a descubrirle su intención cualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa como  
122 la del matrimonio, los arroja de sí como con un trabuco<sup>47</sup>. Y con esta manera de  
123 condición hace más daño en esta tierra que si por ella entrara la pestilencia<sup>48</sup>, porque  
124 su afabilidad y hermosura atrae los corazones de los que la tratan a servirla y a  
125 amarla; pero su desdén y desengaño los conduce a términos de desesperarse<sup>49</sup>, y, así, no  
126 saben qué decirle, sino llamarla a voces cruel y desagradecida, con otros títulos a este  
127 semejantes<sup>XI</sup>, que bien la calidad de su condición manifiestan.

128 Y si aquí estuviédes, señor, algún día, veríades resonar estas sierras y estos valles  
129 con los lamentos de los desengañados que la siguen.



## Capítulo XII

*De lo que contó un cabrero a los que estaban con don Quijote*

130 No está muy lejos de aquí un sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas<sup>50</sup>, y  
131 no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de  
132 Marcela, y encima de alguna<sup>XII</sup> una corona grabada en el mismo árbol<sup>51</sup>, como  
133 si más claramente dijera su amante que Marcela la lleva y la merece de toda la hermosura  
134 humana. Aquí sospira un pastor, allí se queja otro; acullá se oyen amorosas canciones, acá  
134 desesperadas endechas<sup>52</sup>.

135 Cuál hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna encina o  
136 peñasco, y allí, sin plegar los llorosos ojos<sup>53</sup>, embebecido y transportado en  
137 sus pensamientos, le halló el sol a la mañana; y cuál hay que sin dar vado ni tregua a sus  
138 suspiros<sup>54</sup>, en mitad del ardor de la más enfadosa siesta del verano<sup>55</sup>, tendido sobre  
139 la ardiente arena, envía sus quejas al piadoso cielo. Y deste y de aquel, y de aquellos  
140 y de estos, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela, y todos los que  
141 la conocemos estamos esperando en qué ha de parar su altivez y quién ha de  
142 ser el dichoso que ha de venir a domeñar condición tan terrible y gozar de hermosura  
143 tan estremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy<sup>XIII</sup> a  
144 entender que también lo es la que nuestro zagal dijo que se decía de la causa de la  
145 muerte de Grisóstomo. Y así os aconsejo, señor, que no dejéis de hallaros mañana a  
146 su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no  
147 está de este lugar a aquel donde manda enterrarse media legua.

## Capítulo XII

*De lo que contó un cabrero a los que estaban con don Quijote*

148 —En cuidado me lo tengo<sup>56</sup> —dijo don Quijote—, y agradézcoos el gusto que me  
149 habéis dado con la narración de tan sabroso cuento.  
150 —¡Oh! —replicó el cabrero—, aún no sé yo la mitad de los casos sucedidos a los amantes  
151 de Marcela, mas podría ser que mañana topásemos en el camino algún pastor que nos  
152 los dijese. Y por ahora bien será que os vais a dormir debajo de techado, porque el sereno  
153 os podría dañar la herida<sup>57</sup>; puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que  
153 temer de contrario accidente<sup>58</sup>.  
154 Sancho Panza, que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó por su  
155 parte que su amo se entrase a dormir en la choza de Pedro. Hízolo así, y todo lo  
156 más de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea<sup>59</sup>, a imitación  
157 de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y  
158 durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido a coces<sup>60</sup>.